

MANUEL JABOIS

Hay más cuernos en
un buenas noches

Índice

Prólogo, 9

Pontevedra 501, 15

Por qué me saludas por la calle si ya nos seguimos
en Facebook, 13

El roscón de reyes de Carmen Lomana, 20

¿Por qué tengo que hacer yo ninguna revolución?, 22

Por qué odiamos tanto a los árbitros, 24

Vida WhatsApp, 26

¿Se nos ha informado adecuadamente
de los naufragios de pateras?, 28

Un premio literario, 30

Zapatos de bebé, 33

Madrid dos mil y algo, 35

Compradores de cosas, 38

Silgar 1980, 41

Lage Carreiro, Vanessa, 46

Víspera de San Valentín, 48

Manolo, 50

Las mocitas madrileñas, 53

Umbral y su padre, novela real, 56

San Xoán, 62
Tot el camp, 64
Ajá, 66
Dios o muerto, 68
Después de los bárbaros, 70
Más razón que un santo, 72
Pavés, 74
La orilla, 76
Casillas en Matrix, 78
Ítaca, 81
Mirás, 83
La gente más honrada, 85
Montalvo, 90
Carlos Oroza que te levantas del suelo, 92
Metabolismo, 99
Tus hijos, 101
Carmencita Franco y el amor, 103
Ve tú y lo escribes, 113
Macondo, 115
Turistas del criminal, 117
Quiero ser monja, 119
Gascoigne, 121
La voz de un amo, 123
Hydes, 125
Paso de cebra, 127
Sabino, 129
Los bañistas, 131

Maradona, 133
Patrulla, 135
Bambi, 137
Afectos, 139
Apadrinados, 141
El frío, 143
I love you, Federer, 145
Tribu, 148
La llegada, 150
Teatro, 152
Amantes, 154
La sonrisa de Bonnie, 156
Los días 11 de cada mes, 158
Instrucciones para justificar la violencia, 163
Los hombres buenos, 166
La bata y el bikini, 168
Posh, 171
Decreto ley sobre la fantasía sexual, 173
Mejor así, 175
Celebración, 177
Déjalo estar, 179
Los Javianes, 181
Dónde está ahora Martín Hache, 183
Ni tristes podemos dejar de estar contentos, 187
No sonría a la cámara, 190
Lluch, 192
Penaldo, 194

Tener amigos médicos, 196
Pregúntale a un adulto, 198
Cristiano así en el área como en el cielo, 200
 Primera cita, 202
Prohibido indignar a la mayoría, 204
 Tecnología Xavi, 206
 ¿Tía, no entras?, 208
 Vida real, 210
Lo valioso, lo impresionante, 212
 Mejor roto, 214
Abandonad toda esperanza, 216
 No podéis venir todos, 219
 Vida de culebra, 221
 Los segundos, 224
 Imitación, 226
Antes negros que delincuentes, 228
Instrucciones para hacer reír, 230
 En movimiento, 232
 ¿Cuándo dejamos de pasarlo bien?, 234
Epi y Blas, dentro y fuera del armario, 237
Hay más cuernos en un buenas noches, 240
 Cuántas dictaduras caben en ti, 242
 Bandernastch, 244
 El final de los hombres, 246
 Una portada en *Vogue*, 248
Últimas batallas en Invernalía, 250
 Una bola de *pinball*, 252

Alma hecho gesto, 254
Las ventanas cerradas, 256
Dime que te gusto, 258
Es de noche, no sé morirme, 261
Joker contra la familia Manson, 263
Cuando empezamos a ser marqueses, 265
Pan con chocolate, 267
Mare, tinc fame, 269
El cocido y la luna, 272
La educación popular, 274
Te entiendo mejor que nadie, 276
El gordo de las *fake news*, 278
El vecino del holocausto, 280
Esa maldad infantil y absurda, 282
Les nacerán monstruos, 284
Tiempo antes, tiempo después, 286
El coronel Dux, 288
Cuando os pregunten quién fue David Gistau, 291
Después de la felicidad, 296
Los teléfonos fijos, 298
Esa canción preciosa en un álbum de mierda, 300
Las profesiones del futuro, 302
Las malas buenas noticias, 304
Cuéntanos más de ti, 306
Constantes mínimas vitales, 308
Los que mataron a Liberty Valance, 310
Aquella viejita tristeza, 312

Ni más fuertes, ni unidos, ni mejores, 314
Lo que nos importa y lo que nos deja de importar, 316
 Moriría por ti es una metáfora, 318
 Relax, 320
A nosotros había que creernos aún más, 322
 Al menos ella sabe por qué está loca, 324
Un viejo y feliz billete de cincuenta euros, 327
 Negriña y el lobo, 329
 Hacerlo por última vez, 331
 Patria, el gatillo que lo aprieten otros, 333
 Chaves Nogales, el olvido era la fama, 335
Dios es bueno, pero el diablo no es malo, 341
Falta un disparo para la guerra, falta un beso para el amor, 343
 Patada en la puerta en beneficio de todos, 345
 Un viaje en punto muerto, 347
 No estaréis enamorados, 349
 Algo parecido a una serpiente, 351
Mono Ralph Lauren salpicado de nieve, 354
 El año que no hubo campanadas, 356
 Una vieja y maldita compañera, 358
 Fuera maricas de dónde, 360
Quién que sea normal vive siempre en el agua, 362
 Menos Tinder y más Satán, 364
 Los monstruos quieren saber, 366
Paco y Chonchiña, un amor casi de ficción, 368
 El turista espacial Pequeño Nicolás, 371
 Tranquilísimo, 373

José Luis Moreno te los paga, 375
Simone Biles no está bien y el mundo está un poco mejor, 377
 Cara de asquito, 379
 Superman ya era minoría, 381
Lo de menos es que se acabe el mundo, 383
 Dejarlo en verano, 385
No hay ahora mismo relación sexual alguna, 387
 Ni para contestar tonterías, 390
 Nos caía tan bien, 392

Para David Gistau

ESTE PRÓLOGO, EN SENSIBLE correspondencia con mi vida, se escribe un mes antes de la publicación del libro, sin título definitivo y a falta de ver el último borrador para decidir qué artículos se quedan y qué artículos se van. Son muchísimos, y esta es una parte pequeña y poco representativa, pero puedo leerlos y hasta releerlos, no digo yo que pegando saltos, pero sí al menos sin querer morirme asfixiado.

Aquí está una parte simbólica de diez años de artículos de opinión, presentados con el raro orgullo de que en muchos de ellos, acaso la mayoría, no hay opinión. En este tiempo tuve un hijo, cambié de empresa, cambié de ciudad, me separé, me volví a cambiar de empresa, me volví a enamorar, y entre medias escribí varios libros. Publiqué *Irse a Madrid*, que es el título de un artículo en el que me burlaba de la gente que creía que tener ambición era irse a Madrid, y después de publicar el libro me fui a Madrid. Abominé de la ficción en varios artículos y al terminarlos, muy satisfecho de mí mismo, publiqué dos novelas. Me propuse escribir del Real Madrid con distancia y serenidad, y a los tres meses de llegar a Madrid estaba escribiéndole un himno. Cada lunes empiezo una dieta, los martes empiezo el gimnasio, los miércoles dejo el alcohol. Y como del periodismo lo que más valoro es no madrugar, me despierto a las seis de la mañana para escribir libros.

Por el camino no aprendí a pensar, pero aprendí a hacerme mejores preguntas. Todo ello sin dejar de escribir en los diarios, que no sé si es el mejor oficio del mundo, pero sí el único que sé prac-

ticar y en el que más me he divertido nunca. Bien es cierto que los otros oficios fueron de camarero infantil, recepcionista adolescente, vendedor de rifas a domicilio y profesor de tenis, ocupación que dejé tras morderle la cara a un niño regordete; o sea, jugoso. Así que el listón de la diversión, salvando el ñaco, tampoco estaba muy alto.

El título que más me gusta para este libro es *Esa canción preciosa en un álbum de mierda*, pero es demasiado largo y lleva la palabra «mierda», que suena bien en muchos contextos pero no en el contexto de una tapa (no para mí, al menos). Pero fue un artículo escrito durante unos días increíbles en Mogadiscio (Somalia), en la mejor compañía, Xavier Aldekoa, y sin saber que era el último artículo escrito en muchos meses sobre algo que no fuese la pandemia; mientras el mundo empezaba a encerrarse en casa, yo, en un recinto bunkerizado de Naciones Unidas y con el chaleco antibalas a mano, pensaba en la naturaleza de la gente, en lo fácil que es encontrar algo bueno en lo malo y lo importante que es estar abierto a detectarlo y aceptarlo, que es de lo que va «Esa canción preciosa en un álbum de mierda». Incluso puede encontrarse correspondencia con este y cualquier otro columnista: qué difícil es escribir cientos de columnas que un lector aborrezca, y que no aparezca una que al lector, aunque deteste la firma, le ilumine la mañana. Yo qué sé. En realidad no sé nada. Por eso también he escrito este libro: para ver si aprendo algo.

La apuesta del editor, Julián Lacalle, es *Nos caía tan bien*. Es una columna que quiero mucho, como quise a la persona a la que está dedicada y a su familia, que al ser la de mi hijo, también es la mía. A mi amiga Pilar Álvarez también le encantó. Al cabo de unos días me hizo ver lo raro que sería ver en la portada: «Nos caía tan bien Manuel Jabois». Rápido e inteligente como suelo ser, le dije que el nombre del autor podía ir encima del título. «Sí, “Manuel Jabois nos caía tan bien” suena ya de otra manera». El caso es que, como el anterior, era un título que me permitía jugar en el prólogo con la cantinela habitual de que «antes me caías mejor», enten-

diendo «antes» como la semana pasada y «caer mejor» por estar de acuerdo con él. Porque hay gente así: hay gente a la que le caes bien si estás de acuerdo con ella. Hay gente para todo.

Se baraja a estas horas con insistencia *Hay más cuernos en un buenas noches*, que es el título que menos me gusta y por tanto el que elegiré. Se trata de un artículo más conocido que su autor, algo que en mi caso también pasa con la letra de la canción del Real Madrid. O sea, el mayor éxito al que puede aspirar uno: diluirse. He leído muchas interpretaciones sobre la columnita. No va de dos amigos que se quieren mucho: va de dos personas que están enamoradas pero que creen que, sin sexo, no están siendo infieles.

Este libro se publica en Pepitas porque aquí se publicó *Irse a Madrid*, primera recopilación, y guardo todos los buenos momentos no con la intención de repetirlos, sino de prorrogarlos. Desde los *Diarios* de Iñaki Uriarte a la amiga que me los recomendó, Txani Rodríguez, y al editor que los publicó y que me publica a mí también, Julián Lacalle.

Diario de Pontevedra, *El Mundo*, *GQ* y *El País* me han dado una casa en la que publicar y un sueldo con el que vivir; o sea, casi todo. A *El País* pertenece de esta recopilación una mayoría abrumadora de artículos por una razón muy simple: me gusto más de viejo que de joven, aunque no cambie mi juventud por nada.

Advertirán que no he querido hacer un prólogo muy bueno. La razón es que me gustaría que el libro les parezca mejor. Esto de que uno prologue su propio trabajo, o el trabajo de otros, me parece un trabajo ingrato: hay que presentarlo bien, pero tampoco muy bien. Como ser invitado a una boda: vete guapo, pero no tanto como para joderle la vida al novio.

Hay más cuernos en
un buenas noches

Pontevedra 501

CUANDO LEÍ EL VIERNES en esta página a Rodrigo Cota pensé en el título de su sección, que es «Estoy pensando». Yo edité su primera columna en el *Diario*, que empezó saliendo los jueves. Le envié un correo para preguntarle cómo quería llamarla. Esta suele ser una decisión tragicómica. Alguna vez he contado cómo se gestó mi «Pontevedra 501»: era el título del primer artículo, no de la sección, pero en el periódico se editó de tal manera que salió el cajetín del título en blanco y arriba, como nombre de la columna, Pontevedra 501. Así se quedó ya, naturalmente: un trabajo que me ahorré. Le escribí a Cota: «¿Cómo llamamos esto tuyo?». Y me respondió: «Estoy pensando». Contesté rápidamente, pues debía de tener prisa por salir: «Perfecto, me gusta». Y ahí se quedó. Además es bastante acertado, porque Cota, incluso con la columna ya publicada, parece que sigue pensando. Tú lees el artículo y luego ves que el autor dice: «Estoy pensando». Parece su estado de WhatsApp.

Este modo mío de solventar los asuntos es nuevo y viene de un tiempo para aquí. Se trata básicamente de tirar para adelante y hacer las cosas de forma tan sencilla que parezcan estúpidas. No siempre fue así. Hubo un tiempo en que aspiraba a la trascendencia; fue la etapa más insufrible de mi vida. Colaba frases de Shakespeare en algún reportaje, pretendía emocionar en las columnas o hacía pomposas reflexiones acerca de la vida y la muerte que daba vergüenza ajena leer. Pero he abominado de la solemnidad, he allanado la escritura hasta evitar, en la medida de lo posible, citas de

nadie, y procuro sobre todo no emocionar. Emocionar deliberadamente me parece una bajeza. Me di cuenta de que estaba curado de espantos cuando mi amigo del alma Anxo me invitó a leer en su boda. Nos conocemos desde los cinco años, así que quien más y quien menos esperaba un discurso vibrante y hermoso. Nada más salir a hablar vi a la querida Mari Carmen, su madre, a punto de llorar. «Empezamos bien», pensé. Había dos opciones: naufragar en el sentimiento y glorificarme allí mismo o remontar aquello con algo sencillo, directo y que expresase bien lo único que yo quería decir, que era que gracias a Anxo éramos mejores personas; como si lo enterrásemos, vamos (¡y qué otra cosa si no es una boda!). La primera de las opciones suponía ver a mucha gente llorando y viniendo a mi mesa toda la noche a decirme que aquello había sido estupendo; la segunda dejaría un pequeño poso de decepción mayormente en las señoras, pero aligeraría la ceremonia y empezaríamos a beber antes. Como quiero a mi amigo y algo lo conozco, elegí la segunda.

A veces uno pugna por ser quien no es. Cuando yo actuaba en la vida con cierta trascendencia, pretendiendo dar valor a los detalles o divagando sobre el paso del tiempo y sus temblores, no estaba siendo natural. En realidad me provocan indiferencia las fotos, se me formatean continuamente el correo y el móvil y pierdo recuerdos que pienso valiosísimos y después, tras el duelo, veo que vivo tranquilamente sin ellos; abandono los pisos con una pena enorme tratando de llevarme con ellos los años pasados, lloro con frecuencia las primeras semanas y al final acabo por no recordar ni en qué calle vivía. No guardo mi trabajo en ninguna parte. No hay copias de artículos ni carpetas con recortes de prensa en los que salgo. Creo que hice seis fotos en mi vida (las seis a las cinco de la mañana a gente que no conozco). Cuando nació mi hijo pensé que algo cambiaría, pero ya no recuerdo cuándo le salió el primer diente (sí su primera sonrisa: esa sonrisa suya mientras dormía me acompaña siempre y se vendrá conmigo mientras viva). Me

Por qué me saludas por la calle si ya nos seguimos en Facebook

UNA DE LAS PEORES consecuencias de *semiabandonar* las redes sociales es tener que cultivar las relaciones analógicas. Convertir el *like* en una llamada, o en un wasap, o no digamos ya en un vergonzoso café a media tarde mirándonos las caras, es una de las tareas más pesadas que se me ocurren ahora mismo. Como hacer dinero con negocios ilegales y de pronto regresar a la rutina de oficina, esclavo de un horario laboral y de unas convenciones puestas por otros. Volver siempre da trabajo, pero volver de un lugar en el que uno vivía más cómodo puede hacerse cuesta arriba. Internet había facilitado eso hasta el extremo, pero también dio paso a situaciones extravagantes.

Recuerdo, por ejemplo, los primeros pasos en Facebook como los primeros pasos en un mundo sin padres. Empezaron a resolverse odios enquistados mediante solicitudes de amistad, lo cual evitaba el sonrojo de quedar con alguien y preguntarle directamente si quería ser tu amigo. La amistad se abarató de tal forma que uno podía solucionar diferencias insalvables en la vida real con solo mover un ratón. Es por ello por lo que pronto se puso de moda entre los más desconfiados un listón muy digno, que tomó forma de grupo: ¿por qué me agregas al Facebook si por la calle no me saludas? Nunca entendí el reproche: si precisamente agregabas a alguien en Facebook era para no aguantarlo en la calle. Si preci-

samente le dabas un *like* a uno de sus estados era para que esa chapa no se repitiese en ningún bar. Si colgabas una foto mientras estabas de fiesta en el Loro Park era, precisamente, para que nadie te preguntase después dónde habías estado y qué tal te lo pasaste.

Como todos los paraísos, aquello duró poco. A los amantes del «contacto» les debió de parecer insuficiente la vida en redes sociales y comenzaron a fingir que no se enteraban de nada. O sea, que no visitaban tu muro. Es más, se decretó por alguna autoridad oscura que visitar muros era «cotillear», como si el hecho de ser amigos en Facebook no diese derecho a *stalkear* álbumes familiares hasta que se rompiesen los ojos o la familia. Así que se regresó a un punto de partida infame en el que lo avanzado no servía de nada. Era la época en la que yo me entretenía haciendo lo que me pedía el cuerpo. Si un «amigo» de Facebook —que para mí lo era a secas, así fuésemos 4000— me paraba por la calle para iniciar una conversación terrible, lo que hacía mientras me hablaba era sacar el móvil y, delante de él y al mismo tiempo a sus espaldas, buscar su perfil, desagregarlo como amigo, bloquearlo y posteriormente reportar una denuncia a Zuckerberg alegando uso improductivo de la red social.

Esto era así hasta que acabamos acostumbrándonos. Facebook y después Twitter terminaron siendo asumidos, para mí, como sustitutivo de engorrosos trámites sentimentales. Son las cosas tangenciales de la misantropía; para decir «te quiero» es más cómodo usar un botón. Ese mundo feliz se empezó a acabar del mismo modo que se acaba el amor, por aburrimiento. Así que una vez desplazado de las redes me encuentro con que hay que marcar un número de vez en cuando, dar un abrazo si te encuentras con alguien a quien aprecias o incluso llegar a tomar una copa. Francamente, yo no sé si podré con tanta euforia. Si no respondo no es por falta de amor, sino de costumbre: en mi caso, la indiferencia es una prueba infalible de amistad sincera y respeto máximo.

El roscón de reyes de Carmen Lomana

HACE CASI DOS AÑOS, en un piso de 500 metros cuadrados de la calle Fortuny de Madrid, un lugar en el que los vestidos están ordenados alfabéticamente, Juan Carlos Monedero tomó café con señoras distinguidas («señoras de toda la vida», dijeron las crónicas para confirmar que nunca habían sido hombres) invitado por Carmen Lomana, que celebraba su roscón de Reyes.

Fue una cita curiosa. La escritora Sonsoles Fernández de Córdoba, al encontrarse por el salón a un comunista, se despidió con mucha educación de Lomana como María Antonieta pisando a su verdugo: «*Pardon, monsieur*», y salió sofocada del piso. De vuelta se cruzó con una amiga que iba hacia casa de Lomana y le anunció, casi con aspavientos al verla de lejos, como si un paso más le pudiese destruir la burguesía, la visita de Monedero. Las dos se cogieron del brazo y salieron de su barrio, de sus casas, de su ambiente, para perderse más allá de Chamberí y Salamanca sin mirar atrás, adentrándose en barrios en los que el metro ya va a la descubierta y puede verse bajo los puentes, en las cochambreras de los ríos, a Django Reinhardt matando ratas.

Se quedaron sin conocer el famoso desenlace. Porque en el enorme piso de Lomana Monedero fue recibido con frialdad, pero poco a poco fueron acercándose a él militares y señoras atraídos por la fascinación de lo prohibido. Les empezó a hacer gracia

imaginar locamente que aquel señor de gafas redonditas que en tiempos, cuchicheaban por las esquinas, fue el Cao de Benós del chavismo en España, quisiera matarlos llegado el momento, o al menos robarles alguna casa.

—Algo me tocará, hija, no me va a dejar así.

El roscón de Reyes de Carmen Lomana se empezó a convertir en un gigantesco acto de curiosidad por una atracción exótica, como todo lo que se escapa al canon de la aristocracia, y ocurrió lo que teme el lobo cuando se deja caer por el gallinero: que lo despidan entre besos pidiéndole que vuelva más a menudo. Monedero ya era entonces el alma más libre de Podemos y también el más afectado, y su hombre más radical en el sentido tamborilero: a él no le iban a evacuar la ideología si el barco amenazaba con hundirse. Además, aquella visita suya tenía un carácter expedicionario que casi todo el mundo agradeció; solo los integristas de la moral se llevaron las manos a la cabeza porque a Monedero se le hubiesen abierto las puertas de los palacios de Roma: no se concebía un baile de esas características porque en el fondo los mismos que ordenan países y razas también aspiran a ordenar clases. Cualquier forma de fusión, según esta manera de ver las cosas, tiende a desmejorar todo, en lugar de mejorarlo. Historia no han leído, o la han leído al revés.

Días después de conocerse la visita, los dos dieron explicaciones. Lomana dijo que todos sus invitados se habían comportado y escuchado con atención a Monedero, «menos uno que se comportó fatal». Monedero, por su parte, dijo: «Es mentira que vayamos a quitarle la casa o uno de los pisos a la gente que tiene dos. Fuimos a responder a las preguntas de gente que está muy envenenada por un discurso sin ningún tipo de sustento. Una persona incluso me preguntó si íbamos a abolir las Navidades». También aclaró que no había comido «nada», una frase que resumía el estado de las cosas: la revolución será con el estómago vacío o no será.

¿Por qué tengo que hacer yo ninguna revolución?

EN UN CORREO ESPECTACULAR, hace unos días, un señor me dedicó una ristra de elogios muy bien fundamentados y una súplica que me dejó del revés: haciendo referencia a mi año de nacimiento me instaba a liderar «una Revolución» que acabase desalojando «la Partitocracia» de este país. A mí y a otros, claro; éramos una generación engañada y debíamos sublevarnos; yo, a sus ojos, era un «joven intelectual», como tantos a los que había que movilizar, y ahí me empezaron a sudar las manos pensando en la imagen que le estaba dando a la gente. «Para empresas así tendría más éxito que le escribiese usted a Antonio Gala», pensé en decirle. Este lector mío, con el que naturalmente acabé fatal, era un degenerado, pero yo al principio, debilitado por sus alabanzas, me sentía obligado a hacer algo por él y también un poco por España.

De todos los encargos extravagantes que tuve en mi vida ninguno me dejó tan agitado como el de tener que levantar al pueblo. Yo no tenía ni idea de cómo se hacía una revolución ni a quién había que llamar, y lo primero que hice fue meterme en internet, extrañado de que entre los primeros resultados no me apareciese Yahoo Respuestas, como la última vez que pregunté algo en Google. Había, a bote pronto, por lo que vi, la posibilidad que me ofrecía un futbolista karateca de sacar mis ahorros del banco o, en su defecto, viajar a Cuba. Para las dos cosas me hacía falta algo que no